

deliciosas que se pueden ver : los cuatro balcones del comedor dan á cuatro puntos de vista diferentes, uno al mar, otro á la montaña, otro al llano, y el último al bosque.

La comida fué magnífica, pero enteramente siciliana, es decir, que hubo muchos helados y gran cantidad de frutas, y poquísimos de pescados y carne. Debimos parecer ictiófagos y carnívoros de primera clase, porque Jadin y yo fuimos los únicos que comimos formalmente.

Después de comer, se nos sirvió el café sobre una azotea cubierta de flores; desde aquella azotea se descubría todo el golfo, una parte de Palermo, el monte Pellegrino, y en fin, en alta mar á lo ancho, como una niebla flotante en el horizonte, la isla de Alciuri. La hora que pasamos en aquella azotea, durante la cual vimos ponerse el sol y cambiar el paisaje con los distintos tonos de luz, desde el dorado vivo hasta el azul oscuro, fué una de esas horas que no se pueden describir, que ve uno en su imaginación cerrando los ojos, pero que no se puede ni hacer comprender con la pluma ni retratar con el pincel.

A las nueve de la noche, noche deliciosa, dejamos la Bagheri y nos volvimos á Palermo.

EL CONVENTO DE CAPUCHINOS.

El día siguiente estaba consagrado á las correrías por la ciudad : un jóven, Arami, compañero de colegio del marqués de Gargallo y para quien este último me había dado una carta, debía acompañarnos, comer con nosotros y desde allí conducirnos al teatro, donde se representaba una ópera.

Comenzamos por las iglesias, el Domo tenía derecho á nuestra primera visita; le habíamos ya recorrido el día de nuestra llegada; pero preocupados con la escena que pasaba en él, no habíamos podido examinar sus detalles. Por lo demás, estos detalles son muy poco importantes y curiosos, habiendo sido revocado de nuevo lo interior de la catedral : fuimos al punto á los sepulcros reales que contiene : el primero es el de Roger II, hijo del gran conde Roger, y el cual fué también conde de Sicilia y de Calabria en 1101, duque de Pulla y príncipe de Salerno en 1127, rey de Sicilia en 1130, muerte al fin en 1154 después de haber conquistado á Corinto y Atenas.

El segundo es el de Constanza, á la vez emperatriz y

reina : reina de Sicilia por su padre Roger ; emperatriz de Alemania por su marido Enrique IV, rey de Sicilia en 1194 y muerto en 1197.

El tercero es el de Federico II, padre de Manfredo y abuelo de Conradino, que sucedió á Enrique VI y murió en 1250.

En fin, el cuarto y quinto son los de Constanza, hija de Manfredo, y el de Pedro, rey de Aragon.

Al salir del Domo, atravesamos la plaza, y nos encontramos delante del Palacio Real.

El Palacio Real está edificado sobre las ruinas del antiguo Al-Cassar sarraceno. Roberto Guiscar y el gran conde Roger rodearon de murallas la fortaleza árabe y por de pronto se contentaron con ella ; Roger su hijo, segundo de este nombre, edificó allí una iglesia á san Pedro é hizo construir dos torres, llamadas, la una la Pisana y la otra la Greca. La primera de estas dos torres encerraba los diamantes y el tesoro de la corona ; la segunda servia de prision de Estado. Guillermo I er contró incómodo aquel edificio y comenzó el Palazzo-Nuovo, que fué acabado por su hijo hácia el año 1170.

Acabábamos de ver dos cosas principalmente en el Palazzo-Nuovo ; los famosos arietes siracusanos, que han sido trasportados allí, y la capilla de San Pedro, que á pesar de sus setecientos años de existencia, parece que acaba de salir de la mano de los mosaistas griegos.

Buscábamos por todas partes los arietes, cuando nos los enseñaron graciosamente embadurnados de azul celeste : preguntamos quién era el artista ingenioso, que

habia tenido la idea de pintarlos de aquel agradable color ; se nos respondió que era el marqués de Forcella. Nos informamos dónde vivia para enviarle nuestras tarjetas.

No sucede lo mismo á la iglesia de San Pedro, se ha conservado á la vez una maravilla de arquitectura y de ornamentacion. Sin duda el respeto que se la ha tenido es debido á la tradicion, tradicion respetada y trasmitida por los mismos sarracenos, y la cual pretende que san Pedro al volver de Jerusalem á Roma, consagró en persona una capillita subterránea que sirve hoy de panteon á la iglesia.

En esta capilla es donde se desposó Maria Amalia de Sicilia con Luis Felipe de Orleans. Tambien es en esta capilla donde fué bautizado el primogénito de sus hijos, el duque de Orleans actual. Al derramar el agua santa sobre la frente del niño, el arzobispo dijo en voz alta :

— Acaso en este momento bautizo un futuro rey de Francia.

— ¡ Así sea ! respondió el marqués de Gargallo que tenia, á nombre de la ciudad de Palermo, al real infante sobre la pila bautismal.

El rey Luis Felipe no ha olvidado, sobre el trono de Francia, la capillita de San Pedro, y cuando su viaje á Sicilia el príncipe de Joinville la regaló á nombre de su padre una magnífica custodia de plata sobredorada, incrustada de topacios.

Desde aquella capilla casi subterránea se nos hizo subir al observatorio ; desde lo alto de aquella azotea, es

desde donde, gracias al instrumento de Ransden, Piazi descubrió por la primera vez el 1.º de enero de 1801 el planeta Ceres. Como íbamos allí con una intencion mucho menos ambiciosa, nos contentamos con ver al Oriente las islas Lipari, semejantes á manchas negras y vaporosas, flotando sobre la superficie del mar, y al Occidente la villa de Montreal, coronada con un gigantesco monasterio que al dia siguiente debíamos visitar.

Cerca del palacio está la Puerta Nueva, arco de triunfo elevado á Carlos V con motivo de sus victorias en Africa.

Para concluir con los monumentos, mandamos al cochero nos condujese á los dos castillos sarracenos de Ziza y de Cuba : estos dos nombres, segun nos aseguró el cochero, que acostumbraba á conducir viajeros á las diferentes curiosidades de la ciudad, y por consiguiente dispuesto á hacer de cicerone, eran los que llevaban los hijos del último emir ; pero Arami, en quien teníamos una confianza enteramente mas grande, nos dijo, que ninguna tradicion importante se referia á aquellos dos monumentos.

El palacio Ziza es de los dos, el que está mejor conservado ; todavía se ve en él un gran salon morisco, de techo en figura ogiva, adornado de arabescos y de mosaicos. Una fuente que derramaba el agua en dos pilas octogonas, continua, dando cierta figura á aquel salon, solitario hoy y abandonado. En las otras habitaciones la ornamentacion árabe ha sido sustituida por malos frescos. En cuanto al castillo de Cuba, es hoy el cuartel de Borgognoni.

Cerca de los dos castillos moriscos hay un monasterio cristiano de gran reputacion, no solo en Palermo sino en toda la Sicilia, es el convento de los capuchinos. Lo que le ha valido aquella fama es sobre todo la singular propiedad que tienen sus bóvedas de *momificar* los cadáveres y conservarlos de este modo, exentos de corrupcion hasta que se convierten en polvo.

Así en cuanto llegamos al convento, el padre guardian, acostumbrado á las visitas diarias de los extranjeros, nos condujo á sus catacumbas : bajamos treinta escalones y nos encontramos en una inmensa bóveda subterránea, construida en cruz, alumbrada por aberturas practicadas en la bóveda y en donde nos esperaba un espectáculo de que no se puede dar una idea.

Figúrese el lector, mil doscientos ó mil ochocientos cadáveres reducidos al estado de momias haciendo visajes á cual mejor, pareciendo unas reir, otras llorar, estas abriendo la boca desmesuradamente para sacar una lengua negra entre dos mandíbulas sin dientes, aquellas cerrando los labios convulsivamente prolongados, escuálidos, torcidos, caidos, caricaturas humanas, pesadillas que se palpan, espectros mil veces mas horrorosos que los esqueletos colocados en un gabinete de anatomia, vestidos todos con hábitos de capuchinos, que agujerean sus dislocados miembros y teniendo en sus manos una tarjeta, en la que se lee su nombre, la fecha de su nacimiento y la de su muerte. Entre todos estos cadáveres, está el de un francés, llamado Juan de Esachard, muerto el 4 de noviembre de 1831 á la edad de ciento dos años.

El cadáver mas próximo á la puerta, y que en vida se llamaba Francesco Tollari, lleva en la mano un baston. Pedimos al guardian la explicacion de aquel simbolo; nos respondió, que como el susodicho Francesco Tollari era el mas próximo á la puerta, se le habia elevado á la dignidad de conserje y colocado un baston en la mano para que impidiese á los otros salir.

Esta explicacion nos fué muy satisfactoria; nos indicaba el grado de respeto que los buenos monjes tenian á sus pensionistas; en los demás países se rie de la muerte; ellos se rien de los muertos: era un progreso.

En efecto, preciso es confesar que en aquella coleccion de momias, las que no son repugnantes hacen reir. Dificil nos es á los habitantes del Norte con nuestro culto sombrío y poético para con los muertos, comprender se juegue con aquellos pobres cuerpos cuya alma ha partido, que se les vista, se les peine y se los coloque como maniquís; que cuando algun miembro se desprende, se arregle aquel miembro y se le coloque con alambre, sin temer, por ese sentimiento eterno que se rehace en nosotros contra la nada, que el cadáver no experimente un dolor fisico ó que el alma que se cierne por encima de él, no se indigne por las transformaciones que se le hace sufrir. Intenté hacer participe de todas estas sensaciones á nuestro compañero, pero Arami era siciliano, acostumbrado desde su infancia á mirar como un honor dedicado á la memoria lo que nosotros mirábamos como una profanacion de la tumba.

No comprendió, pues, nuestra susceptibilidad mas que

nosotros su indiferencia. Entonces tomamos nuestra resolucion, y como la cosa era curiosa en el fondo, convencidos de que lo que no debia ofender á los vivos no debia herir á los muertos, continuamos nuestra visita.

Las momias están dispuestas tan pronto sobre dos, tan pronto sobre tres filas alineadas de lado sobre tablas voleadas, de modo que las de la primera fila sirven de cariátides á las de la segunda, y estas á las de la tercera: á los piés de las momias de la primera fila hay tres altos de ataúdes de madera, mas ó menos preciosos, mas ó menos ricamente adornados de armas, de cifras y de coronas. Encierran los difuntos por quienes los parientes han consentido en hacer el gasto de una caja; estas cajas no están elevadas como las nuestras, por una eternidad; tienen una puerta, y aquella puerta una cerradura, de la que los parientes poseen la llave. De cuando en cuando van los herederos á ver si aquellos de quienes comen la fortuna están siempre allí: ven á su tio, á su abuelo ó á su mujer, que les hace un gesto y esto les tranquiliza.

Asi dareis vuelta á la Sicilia sin oir referir ni una sola de esas poéticas historias de fantasmas que son el terror de las largas veladas septentrionales. Para el habitante del Mediodía, el hombre muerto bien muerto está, nada de aparecidos á media noche, ni de desaparecer al cantar el gallo: ¡cómo creer en los aparecidos cuando se tiene bajo llave á los que se aparecen, y esta llave está en el bolsillo!

Entre aquellos cadáveres hay condes, marqueses,

príncipes, mariscales de campo en sus armaduras; el mas curioso de todos los que componen aquella sociedad aristocrática, es, sin contradiccion, un rey de Túnez, que arrojado á Palermo por un vendaval, cayó enfermo en el convento de los capuchinos, donde murió; pero antes de morir, tocado por la gracia, se convirtió y recibió el bautismo. Aquella conversion, como es de suponer, hizo mucho ruido, habiendo consentido el mismo emperador de Austria en ser su padrino. Así los capuchinos, á fin de perpetuar el honor que resultaba de esto á su convento, han hecho gastos por el real neófito. Su cabeza y sus manos están colocadas sobre una tablita cubierta de un pabellon de indiana; la cabeza tiene una corona de papel y en la mano izquierda tiene un palo de silla dorado; por debajo de aquella singular urna se lee esta inscripcion, que encierra toda la historia del rey de Túnez:

Nacui in Tunisi re, venuto a sorte in Palermo,
Abbraciai la santa fede.
La fede e il viver bene salva mi in morte.
Don Filippo d'Austria, re di Tunizzi,
Mori a Palermo. — 20 settembre 1622 (1).

Además de los nichos destinados al comun de los mártires, además de las urnas reservadas á la aristocra-

(1) « Nací rey en Túnez. Arrojado por la suerte á Palermo, abracé la santa fe. La santa fe y la vida ejemplar, me salvaron á la hora de la muerte.

» Don Felipe de Austria, rey de Túnez, murió en Palermo el 20 de setiembre de 1622. »

Acaso hay una pequeña falta en el lenguaje en la tercera línea; pero en su cualidad de rey de Túnez, es disculpable en don Felipe de Austria no hablar bien el italiano puro.

cia, hay todavía uno de los brazos de aquella inmensa cruz funeraria que forma una especie de panteon especial: es el de las damas de la alta aristocracia palermitana.

Allí es acaso donde la muerte es mas repugnante, porque allí es donde está mas adornada; los cadáveres, tendidos bajo fanales, están adornados de sus ricas vestiduras: las señoras en traje de baile ó de corte; las señoritas con sus batas blancas y sus coronas de virgenes. Apenas se puede soportar el aspecto de aquellas cabezas adornadas con gorras de cintas, de aquellos brazos secos, saliendo de una manga de raso azul ó rosa, para introducir sus dedos huesosos en guantes cuatro veces mas anchos, de aquellos piés calzados con zapatos de raso, de los que se distinguen los tendones y los huesos á través de las medias de seda. Uno de aquellos cadáveres, de aspecto horrible, tenia en la mano una palma y habia escrito este epitafio en el plinto de su lecho mortuario:

Saper vuoi dichí giacce, el senso vero: Antonia
Pedoche fior
Passaggiero visse anni XX e mori a XXV
settembre 1834.

Otro cadáver de aspecto no menos horroroso, depositado con una túnica de crespon, una corona de rosas y una almohada guarnecida de encaje, es el de la signora doña María Amaldi é Vintimiglia, Marchesina di Spataro, fallecida el 7 de agosto de 1834 á la edad de veinte y nueve años. Este cadáver estaba todo sembrado de flores frescas; el guardian de los capuchinos, á quien

preguntamos, nos dijo que aquellas flores eran renovadas todos los días por el baron P., que la había amado. Terrible amor era el que resistía después de dos años á semejante espectáculo.

Estábamos en aquellas catacumbas hácia unas dos horas y pensábamos haber visto todo, cuando el guardián nos dijo había reservado para lo último una cosa más curiosa todavía. Le preguntamos con inquietud qué podría ser, porque creímos haber llegado á los límites de lo repugnante, y supimos que después de haber visto los cadáveres llegados al estado completo de desecación, nos faltaba ver los que estaban para momificarse. Habíamos ido ya muy lejos para retroceder en tan bonito camino; le dijimos que marchase delante, puesto que estábamos dispuestos á seguirle.

Encendió, pues, una antorcha; y después de haber dado como una docena de pasos, por uno de los corredores, abrió una pequeña bóveda enteramente privada de luz, y entró el primero con su hacha en la mano. Entonces á la rojiza luz de aquella hacha vimos uno de los espectáculos más horribles que se pueden ver; era un cadáver enteramente desnudo, sujeto á una especie de enrejado de hierro, con los pies descalzos, las manos y las mandíbulas atadas á fin de impedir en lo posible que se contrajeran los tendones de estas diferentes partes; un arroyo corría por debajo de él y efectuaba aquella desecación, cuyo término ordinariamente es de seis meses: pasados aquellos seis meses, el difunto pasa al estado de momia, se le vuelve á vestir, y se le coloca en su sitio, donde permanecerá hasta el día del juicio

final. Hay cuatro de estas bóvedas, que pueden contener cada una tres ó cuatro cadáveres, se las llama las *Noches podridas*.

Los huéspedes de este osario tienen como los cadáveres su día de fiesta; entonces se les viste con sus ropas del domingo, camisa blanca, y ramilletes al lado, y se abren las puertas de las catacumbas á sus parientes y amigos. Algunos, sin embargo, conservan su hábito de buriel y su aspecto grave. Los parientes, que dudan acerca de lo que les entristece, se apresuran á preguntarles si tienen necesidad de alguna cosa y si una ó dos misas les será agradable. Los muertos responden con una señal de cabeza ó con la mano, que eso es lo que desean. Los parientes pagan un cierto número de misas al convento, y si el número es suficiente, tienen la satisfacción al año siguiente de ver á los pobres parientes llenos de flores y vestidos de gala, en señal de que han salido del purgatorio y gozan de la eterna bienaventuranza.

Todo esto ¿no es una ridícula profanación de las cosas más santas? ¿Y nuestra tumba no convierte más cristianamente en polvo el cuerpo hecho de polvo y que en polvo se ha de convertir?

Confieso que volví á ver con placer la luz del día, el aire y las flores; me parecía que me despertaba de una horrorosa pesadilla, y aunque no había tocado á ninguno de los habitantes de aquella triste mansión, parecía que me perseguía un olor cadavérico de que no podía librarme. Al llegar á la puerta de la ciudad, se detuvo nuestro coche para dejar pasar una litera precedida de

un hombre que llevaba una campanilla, y seguida de otras dos literas : era un cadáver que conducian á los Capuchinos. Este modo de llevar los difuntos, sentados, vestidos y compuestos, en una silla de manos, me pareció en consonancia con lo demás. Las dos literas que seguian á la primera iban ocupadas, una por el cura, y otra por su sacristan.

Hice la comida peor de mi vida, no porque fuese mala la de la fonda, sino porque me perseguia la imágen del muerto que habia visto desecándose sobre el enrejado. En cuanto á Arami, comia como si tal cosa.

Despues de comer fuimos al teatro : dos de los principales señores de Sicilia se habian hecho empresarios y habian llegado á reunir una compañía bastante buena : se representaba la *Norma*, esa obra maestra de Bellini.

Habia oido hablar ya de la costumbre que tienen los sicilianos de dialogar por gestos, de un extremo al otro de una plaza, ó de alto á bajo en un salon ; esta ciencia, de que el lenguaje de los sordo-mudos no es mas que el *a, b, c*, se remonta, si se han de creer las tradiciones, á Dionisio el tirano : habia prohibido bajo las penas mas severas las reuniones y las conversaciones, de lo que resultó que sus súbditos buscaron medio de comunicacion que reemplazase á la palabra. En los entreactos veia yo conversaciones muy animadas entabladas entre la orquesta y los palcos; sobre todo, Arami habia reconocido en un palco de proscenio á uno de sus amigos, á quien no habia visto hacia tres años, y le hacia con los ojos, y algunas veces con las manos, relaciones que á juzgar por los precipitados gestos de nuestro compañe-

ro, debian ser muy interesantes. Terminada aquella conversacion, le pregunté si podia sin indiscrecion saber los sucesos que habian parecido conmoverle tanto.

— ¡ Oh, Dios mio ! sí, me respondió, este con quien he hablado, es uno de mis intimos amigos, ausente de Palermo hace tres años, y me ha contado que se ha casado en Nápoles ; y que despues ha viajado con su mujer por Austria y Francia. Allí su mujer ha dado á luz una niña, que desgraciadamente ha perdido. Ha llegado con el vapor de hierro ; pero como su mujer ha sufrido mucho por el mareo, se ha quedado en la cama, y ha venido él solo al teatro.

— Querido, dije á Arami, si quereis que os crea, será preciso que me hagais un favor.

— ¿Cuál?

— En primer lugar no abandonarnos esta noche, porque de ese modo estoy seguro que no ireis á enseñar la leccion á vuestro amigo, y cuando nos reunamos á él junto á la estufa, le suplicareis que nos repita en voz alta lo que os ha dicho por señas.

— Corriente, dijo Arami.

El telon se levantó; cantaron el segundo acto de la *Norma*, bajó el telon, se llamó á los actores á la escena segun costumbre, y fuimos á la estufa, donde encontramos al viajero.

— Querido, le dijo Arami, no he comprendido muy bien lo que me querias decir, ten la bondad de repetirlo.

El viajero repitió su historia palabra por palabra, y sin cambiar una silaba de la traduccion que Arami me

habia hecho de sus señas. Era verdaderamente maravilloso.

Seis semanas despues ví un segundo ejemplo de esta facultad de mutua comunicacion; era en Nápoles. Me paseaba con un jóven de Siracusa, pasamos delante de un centinela : aquel soldado y mi compañero cambiaron dos ó tres gestos, en los que en otra ocasion no hubiera reparado, pero á los que el ejemplo que habia visto me hicieron prestar atencion.

— ¡Pobre diablo! murmuró mi compañero.

— ¿Pues qué os ha dicho? le pregunté.

— ¡Y bien! creí reconocerle como siciliano, y al paso me he informado de qué ciudad era; me ha dicho que era de Siracusa, y que me conocia perfectamente. Entonces le he preguntado cómo le iba con el servicio napolitano, y me ha dicho que le iba tan mal, que si sus jefes continuaban tratándole como lo hacian, seguramente acabaria por desertar. Entonces le hice seña de que si alguna vez se veia reducido á aquel extremo, podia contar conmigo, y que le auxiliaria en cuanto estuviere en mi mano. El pobre diablo me ha dado gracias de todo corazon, y no dudo verle aparecer el dia menos pensado.

Tres dias despues, estaba yo en casa de mi siracusano cuando le avisaron que un hombre que no habia querido decir su nombre preguntaba por él : salió, y me dejó solo unos diez minutos.

— ¡Y bien! dijo al volver. ¡Cuando yo lo habia dicho!

— ¿Qué?

— Que el pobre diablo desertaria.

— ¡Ah! ¡ah! ¿es vuestro soldado el que preguntaba por vos?

— El mismo; hace una hora, su sarjento le ha levantado la mano, y el soldado ha atravesado con su sable de una estocada al sarjento. Asi, como no piensa en ser fusilado, ha venido á pedirme dos ó tres ducados; pasado mañana estará en las montañas de la Calabria, y en quince dias en Sicilia.

— ¡Y bien! Pero una vez en Sicilia, ¿qué hará? pregunté.

— ¡Pche! dijo el siracusano con un gesto imposible de descifrar; se hará un bandido.

Creo que el compatriota de mi amigo no habrá desmentido la prediccion dicha, y que á estas horas ejercerá honrosamente su profesion entre Girgenti y Palermo.